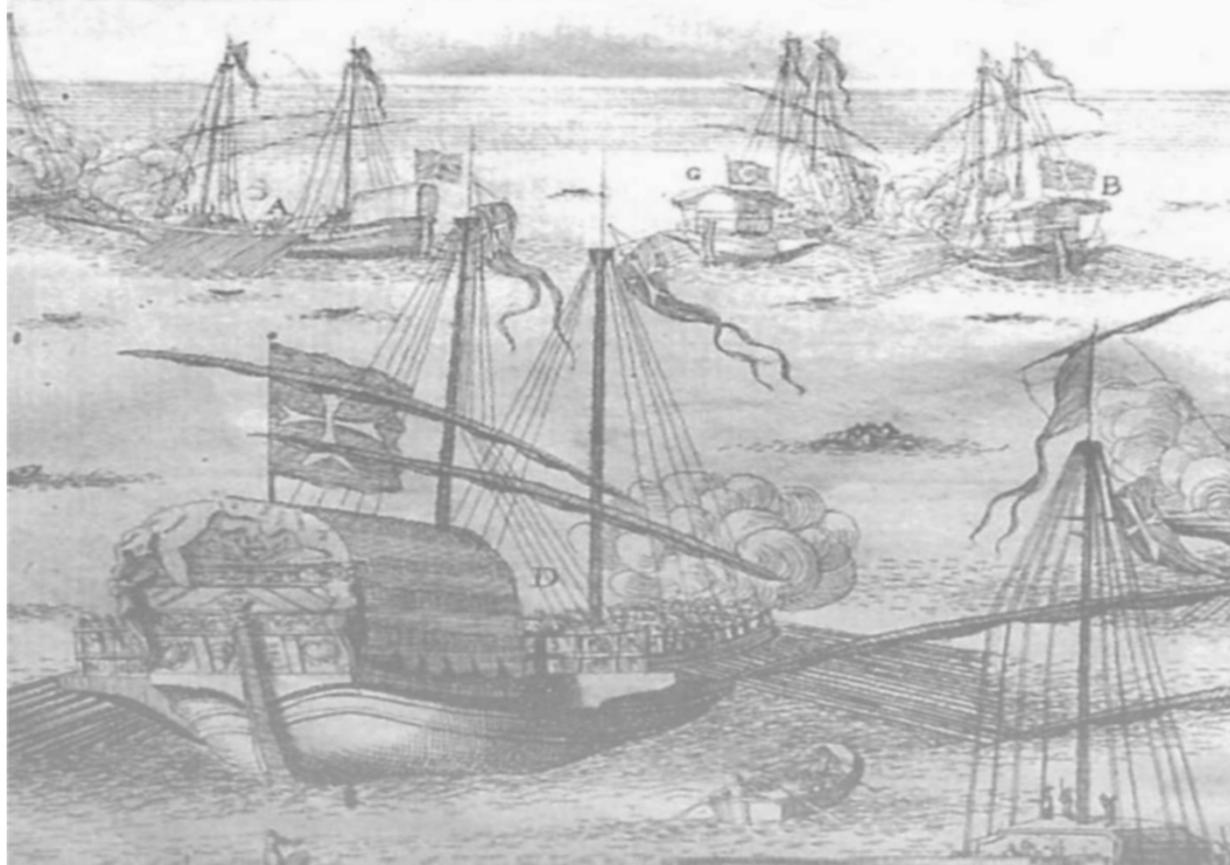


OLTRE LE COLONNE D'ERCOLE

MOVILIDADES: MÉTODOS, INSTRUMENTOS
Y PROBLEMAS DE INVESTIGACIÓN.
SIGLOS XVI-XIX





Bernard Vincent

A MODO DE PRESENTACIÓN

DOI 10.19229/1828-230X/53012021

En materia de movilidad tanto geográfica como social las monarquías hispánica y lusa de los tiempos modernos constituyen un laboratorio de una calidad excepcional. Los sujetos de los Austrias y de los Borbones, de los Aviz y de los Braganza estaban esparcidos entre tres o cuatro continentes lo que provocaba una necesidad de intensas y variadas comunicaciones. Esta colma las esperanzas de los investigadores que encuentran en todos tipos de archivos locales, regionales, nacionales, internacionales, públicos o privados, documentos que permiten reconstruir y analizar trayectorias, recorridos, traslados.

El ejemplo de las correspondencias es significativo. Existen miles y miles de cartas cruzadas entre personas que no se han movido y otras que se han desplazado a otros territorios de las monarquías. A este respecto los trabajos pioneros han sido escritos por James Lockhart y sobre todo Enrique Otte pero más recientemente Rocío Sánchez Rubio e Isabel Testón han enriquecido notablemente el volumen de los documentos publicados con dos libros. Así, en el primero que data de 1999, están reunidas 382 cartas redactadas por individuos pertenecientes a ámbitos sociales diversos. Me limitaré a citar cuatro ejemplos que ilustran la amplitud de los espacios evocados, la importancia y a la vez la debilidad de las redes familiares, la difícil búsqueda de la mejoría social¹.

La manchega Catalina de Ávila escribe el 20 de enero de 1562 a su hijo Gonzalo que abandonó veinte años más temprano su pueblo de Almodóvar del Campo para ir a Nueva España. Ella alude a las desgracias que ha enfrentado, entre ellas la muerte de su marido en 1555 y el cautiverio en Argel de Francisco, otro hijo, que participó en 1558 en la desastrosa campaña norteafricana del Conde de Alcaudete. Catalina se queja del olvido en el cual Gonzalo la ha dejado hasta tal punto que no sabe dónde reside, México o Zacatecas.

¹ J. Lockhart, E. Otte, *Letters and people of the Spanish Indies*, Londres, Cambridge University Press, 1976; E. Otte, *Cartas privadas de emigrantes a Indias, 1540-1616*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993; R. Sánchez Rubio, I. Testón Núñez, *El hilo que une , las relaciones epistolarias entre el viejo y el nuevo mundo, siglos XVI-XVIII*; Cáceres, Universidad de Extremadura, 1999; R. Sánchez Rubio, I. Testón Núñez, *Lazos de tinta, lazos de sangre, Cartas privadas entre el Nuevo y el Viejo Mundo (siglos XVI-XVIII)*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2014.

En 1590, el extremeño Diego Mateos se dirige a un hermano suyo que se ha instalado unos años antes en Nueva España. La carta está llena de reproches pero lo esencial está constituido en la tentativa del remitente en convencer a su hermano de no pasar a Perú como parece haberlo planeado. Unos años más tarde, en 1596, Mari Plazuela escribe a su hijo Martín de Alcuía que ha ido en compañía de un hermano a Puebla de los Ángeles y luego a Manila. La madre está preocupada porque ha oído decir que Martín está pensando ir solo a China. Por fin, en, 1619, el portugués Simao Dias Enriques, afincado en la ciudad brasileña de Olinda, manda un billete a su hermano Juan Mendes Enriques que está en Luanda. En este último caso las pocas líneas del texto se refieren a asuntos comerciales.²

A través de estos cuatro casos ya aparecen gentes de condiciones distintas y espacios muy alejados los unos de los otros. Entre los elementos presentados dos me parecen merecer estar particularmente destacados porque tienen una fuerte resonancia con el dossier de artículos aquí presentado. El deseo de un extremeño de ir desde Nueva España a Perú y el de un joven andaluz de abandonar las islas Filipinas para descubrir China prueban que las movi­lidades no son unidireccionales. Durante décadas se han multiplicado los estudios de las corrientes migratorias desde Europa hacia América. Su examen es imprescindible. Pero hay otras migraciones, como lo enseña la aportación de Mariano Bonialíán. Su estudio del viaje del navío Nuestra Señora del Rosario desde Perú hacia Asia es muy próximo temporalmente y espacialmente al proyecto de Martín de Alcuía que acabo de citar. No faltan iniciativas de largo recorrido que toman forma en América.

Sin embargo uno de los trabajos aquí presentados se refiere a empresas organizadas desde la Vieja Europa. Pero se aparta de los cánones del estudio ordinario de las emigraciones en dirección de los territorios americanos de las monarquías ibéricas. Darío Barrera restituye el desarrollo de la expedición francesa capitaneada por Bougainville hacia las islas Malvinas en 1763-1764. Es el último y poco conocido episodio de la continua ambición francesa en implantar una “Francia antártica” manifestada ya en 1555 por Villegagnon en la bahía de Guanabara. El objetivo era instalar en 1764 una colonia llamada Nueva Acadia en referencia al territorio perdido en 1760 frente a los ingleses. Algunos acadianos eran miembros de la expedición.

Las cuatro otras contribuciones son rigurosamente americanas. Dos de ellas, las de Miriam Moriconi sobre las esclavizadas del Río de la Plata y la de Luis Miguel Córdoba sobre las licencias otorgadas a extranjeros en Cartagena, escrudiñan las andanzas de inmigrados

² R. Sánchez Rubio, I. Testón, *El hilo que une* cit., pp. 53, 200, 235, 309.

forzados en un caso, voluntarios en el otro, que intentan construir de nuevo su vida en unas condiciones por lo menos difíciles. Y las dos últimas, fruto del trabajo de Atzin Bahena y de Martín Wasserman, ponen en evidencia la movilidad del dinero a través de operaciones de crédito llevadas a cabo de un lado por Diego de Alegría, mercader y teniente de oficiales de la Real Caja de Guatemala en los principios del siglo XVII, y del otro por escribanos de la Buenos Aires de los siglos XVII y XVIII.

La presentación de los seis artículos que acabo de hacer es una primera indicación de la riqueza del conjunto. Pero su brevedad puede engañar al lector haciéndole pensar que más allá de su base espacial americana común los trabajos se caracterizan únicamente por la diversificación de sus métodos, de los instrumentos utilizados, de los problemas planteados. Hay mucho más. Debemos fijarnos en la elección de cada palabra del título del dossier. El uso del plural, continuamente reivindicado, es fundamental. Traduciendo una reflexión conducida en el marco de la red Columnaria los autores nos invitan a pensar la inmensa complejidad no de la movilidad pero si de las movilidades. Se trata de no limitarse a las categorías ordinariamente más contempladas; miembros de la administración, mercaderes, soldados, misioneros y de abarcar a todos los segmentos de las sociedades del Antiguo Régimen. Desfilan obviamente en estas páginas mercaderes y representantes del Rey, por ejemplo en el Río de Janeiro capital de “un imperio bajo los trópicos” según la fórmula propuesta por María Fernanda Bicalhao durante el seminario donde se discutieron por primera vez estos textos, pero también artesanos, extranjeros tanto modestos como pudientes, esclavos en grandes urbes como Río y Buenos Aires con una insistencia muy marcada en la aportación de Miriam Moriconi sobre las esclavas. Unos se desplazan muchísimas veces o se van muy lejos así hacia el continente asiático, otros recorren poca distancia, otros más casi no se mueven.

El vocabulario empleado es significativo. Si encontramos evidentemente agencia, movilidad o circulación como en tantos estudios recientes y no recientes vienen bajo la pluma de Miriam Moriconi la expresión de “trayectos de baja intensidad”, bajo la de Martín Wasserman se afirma el deseo de tomar en cuenta las relaciones entre población flotante y población estable y bajo la de Atzin Bahena el de la complementariedad entre movilidad e inmovilidad. Insistiendo sobre la importancia de los intermediarios estos dos últimos autores analizan los procesos que permiten implicar a la vez la población más móvil y la población menos móvil. Así el teniente Diego de Alegría otorgaba crédito a indios y a modestos pobladores del mundo chiapaneco. Esta preocupación que corre a lo largo del dossier no es hoy muy frecuente.

Hace cincuenta años se había llegado a escribir que la historia de los Tiempos modernos era una historia inmóvil.³ Los trabajos de las décadas finales del siglo XX y de las primeras del XXI han demostrado que esta visión era equivocada. Pero no deberíamos olvidar que las propuestas de los años 1960-1970 estaban basadas sobre la ambición de una historia total en la cual el campesinado tenía un protagonismo esencial. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII los campesinos representaban en cualquier parte del mundo el 80 o el 85% de la población total. Y muchos campesinos se desplazaban poco, yendo al mercado cercano a su pueblo, a la romería de su comarca, casándose a menudo con una vecina y muchas veces con una parienta. Si los estudios sobre la movilidad han sido posteriormente necesarios y fecundos han tendido a destacar individuos o grupos privilegiados que han dejado bastantes huellas en la documentación archivística y desgraciadamente han descuidado la mayoría de las gentes. ¿Donde están las reconstituciones de redes sociales de habitantes del mundo rural? Curiosamente la obra de Giovanni Levi ha raramente suscitado estudios de la misma índole en las áreas ibéricas.⁴

Veo en el dossier aquí reunido una propuesta prometedora. El objetivo sería reunir lo mejor de cada etapa historiográfica, introducir mesura, matices, equilibrio. Es extraño que el estudio de la movilidad no haya sido acompañado del de la estabilidad como si la gran mayoría de la gente móvil, voluntariamente o forzosamente, no aspiraría a una estabilidad, inédita o renovada. El mejor ejemplo en este dossier nos está ofrecido por Luis Miguel Córdoba cuando examina los pedidos de licencia de los forasteros, portugueses e italianos, instalados en Cartagena. Lo que los unos y los otros esperan es una vida más segura y más estable.

La estabilidad no significa sin embargo inmovilidad. Cada uno se desplaza poco o mucho, ocasionalmente o repetidamente y / o se aprovecha de la labor de los intermediarios. Todas estas movilidades deben estar contempladas y estar puestas en relación con las movilidades de larga distancia. Este trabajo es imprescindible si queremos medir de manera satisfactoria a dónde y con qué velocidad los efectos de los intercambios (ideas, escritos, imágenes, plantas, animales, dinero bajo todas sus formas, productos de todos tipos...) se han producido. Extender el campo de las movilidades permitirá entender mejor las realidades de lo que se suele llamar globalización, sus límites como sus logros.

³ G. Bouchard, *Le village immobile. Sennely en Sologne au XVIII^e siècle*; Paris, Plon, 1972; E. Le Roy Ladurie, *L'histoire immobile*, Annales, E. S.C., 29^e année, 1974, pp. 673-692.

⁴ G. Levi, *L'eredita immateriale; carriera de un esorcista nel Piemonte del Seicento*, Torino, Einaudi, 1985.